

ASCENSIÓN DEL SEÑOR

+ Conclusión del santo evangelio según san Lucas

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

- Así estaba escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día y en su nombre se predicará la conversión y el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén.

Vosotros sois testigos de esto. Yo os enviaré lo que mi Padre ha prometido; vosotros quedaos en la ciudad, hasta que os revistáis de la fuerza de lo alto.

Después los sacó hacia Betania y, levantando las manos, los bendijo.

Y mientras los bendecía se separó de ellos, subiendo hacia el cielo.

Ellos se postraron ante él y se volvieron a Jerusalén con gran alegría; y estaban siempre en el templo bendiciendo a Dios.

Palabra del Señor

Homilías

(A)

Al escuchar a San Lucas en la primera lectura de hoy podemos pensar que Jesús se fue al cielo subiendo como un astronauta, pero no fue así. Lo que quiere decirnos san Lucas es que Jesús resucitó para vivir en el cielo después de haber vivido en la tierra.

Nosotros tenemos que mirar al cielo y a la tierra. Tenemos que mirar al cielo, porque el cielo es nuestra felicidad. La felicidad sólo la encontramos en Dios.

Muchos la buscan en las riquezas, pero las riquezas son como el agua salada, que cuanto más se bebe da más sed. También, cuantas más riquezas se tienen, más se quieren.

Uno nunca queda satisfecho.

Algunos parece que lo tienen todo. Andan de fiestas, en yates, etc., y, sin embargo, se sienten vacíos. Buscan la felicidad donde no está y, al no encontrarla, a veces caen en la desesperación, en los vicios, en el crimen o en el suicidio. Puedo decir que son más felices muchos misioneros que muchos archimillonarios, porque esos misioneros han emprendido un camino que los lleva a Dios y la felicidad ya ha empezado para ellos.

Muchos archimillonarios piensan que el tiempo pasa, que pasan las primaveras y que se acerca la vejez, y ven que tienen las manos vacías. También para los misioneros pasa el tiempo, pasan las primaveras y se acerca la vejez, pero tienen las manos llenas de obras buenas, que son las que dan sentido a la vida.

Nosotros, además de mirar al cielo, tenemos que mirar a la tierra. Jesús ha dicho que no todos los que dicen «Señor, Señor» entrarán en el reino de los cielos, sino los que cumplen la voluntad de Dios. Y la voluntad de Dios es que una persona egoísta se haga una persona de amor a los demás.

El amor ha de mostrarse también en las palabras, pero dejaría de ser amor si sólo se quedara en palabras. Dicen que vale más un acto de amor que mil palabras sin amor.

Hay hijos que presumen de que aman mucho a sus padres y luego los matan a disgustos, no haciéndoles caso en nada. Hay esposos que se las dan de que se adoran, pero luego viven en continuas riñas, con gritos o silencios que molestan.

Cristo, en su Ascensión, ya ha alcanzado lo que nosotros esperamos: el *gozo* de estar con Dios.

Si queremos seguir su camino, hemos de procurar la fraternidad y no el odio, la justicia y no la injusticia, la paz y no la guerra, lo que nos une y no lo que nos separa.

Para seguir el camino de Cristo, tendremos que remar contra corriente. Pero vale la pena, porque el pez que está muerto es el que se deja llevar por la corriente, no el pez que está vivo.

No es fácil remar contra corriente, pero no estamos solos. Jesús nos acompaña: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo».

Este es el gran secreto que alimenta y sostiene al verdadero creyente: el poder contar con Jesús resucitado como compañero único de existencia.

Día a día, él está con nosotros disipando las angustias de nuestro corazón y recordándonos que Dios es alguien próximo y cercano a cada uno de nosotros.

El está ahí para que no nos dejemos dominar nunca por el mal, la desesperación o la tristeza.

El nos contagia la seguridad. El nos ofrece una esperanza inmovible. El nos ayuda a descubrir la verdadera alegría en medio de una civilización que nos proporciona tantas cosas sin poder indicarnos qué es lo que verdaderamente nos puede hacer felices.

En él tenemos la gran seguridad de que el amor triunfará. No nos está permitido el desaliento. No puede haber lugar para la desesperanza. Esta fe no nos dispensa del sufrimiento ni hace que las cosas resulten más fáciles.

Pero es el gran secreto que nos hace caminar día a día llenos de vida, de ternura y esperanza. **Jesús está con nosotros.**

(B)

¿Qué hacéis ahí parados mirando al cielo?

Hay ocasiones en las que la Palabra de Dios resulta tan impactante y tan concentrada en una sola frase que incluso “duele” un poco descartar todo lo demás para focalizar el comentario... pero en este día en que celebramos la fiesta de la Ascensión no me resisto a centrarme única y exclusivamente en

esta frase... tal y como narra el libro de los hechos de los Apóstoles, un mensajero de Dios les dice a éstos, que se habían quedado plantados, mirando al Cielo, esa frase contundente: ***¿Qué hacéis ahí parados, mirando al cielo?*** Es una frase que concentra varias preguntas que podemos hacernos.

La primera de las preguntas es: ¿hacia dónde debemos mirar?

Desde que Jesús se fue (no vamos a literalizar las cosas pensando que ese *paso al Cielo* fuera algo físico, como un cohete... creo que todos entendemos la imagen, más allá de que el Cielo esté arriba o abajo) la vida del cristiano muchas veces consiste en mirar al Cielo. Miramos al Cielo, y elevamos nuestros ojos a él, cuando desde nuestras prácticas religiosas confiamos en la presencia de Dios en nuestras vidas; cuando nos dirigimos a Él en la oración; cuando le buscamos en cada recoveco de nuestra existencia para buscar su presencia esquiva y a veces silenciosa; cuando pedimos explicaciones para la presencia del dolor en nuestras vidas o del mal en el mundo.

Pero también miramos al Cielo, y elevamos nuestros ojos, cuando nuestro interés es mucho más elevado que lo terreno; cuando renunciamos a lo material y lo consideramos un mero instrumento regalado por Dios para compartir; cuando disponemos de nuestro tiempo, tanpreciado hoy en día, y lo regalamos al otro para escucharle, acompañarle, tomarle de la mano o para auxiliarle en sus necesidades... aunque eso parece ya que no sea mirar al Cielo, sino a la tierra...

Y por eso hay que empezar a entender el mensaje divino que les lanzó y nos lanza el ángel hoy a cada uno de los cristianos. Si mirar al Cielo implica quedarse cómodamente en la pura contemplación del misterio de Dios, pero nos hace quedarnos quietos, impasibles, esperando que pase algo como quien espera que llueva, o como quien presencia una obra de teatro, estamos

equivocados. Poner los ojos en el Cielo implica de inmediato mirar, en primer lugar, hacia nosotros mismos: Dios está en nosotros, en nuestros corazones, en nuestra vida, en nuestra cotidianidad, anda entre nuestros cacharros y nuestros fogones... y ahí es donde hay que buscarle. Dios está al lado de nosotros, en el próximo-prójimo, en el que nos muestra el rostro sufriente de Dios y en el que nos muestra el rostro materno, amable, complaciente, alegre, jovial, disponible, cercano de ese Dios que se niega a dejarnos solos ni un solo día hasta el fin del mundo. Mirar al Cielo, sí, pero mirando a la tierra, a nuestro lado y también dentro de nosotros.

La segunda de las preguntas sería: ...y si no estamos parados, ¿para qué debemos movernos?

Pues ahí sí que podemos buscar la respuesta en el Evangelio. Cuando uno mira al Cielo con los ojos de la fe y ve lo que ve; cuando miras a tu propia vida y descubres la presencia de ese Dios tan cercano a ti; cuando miras al prójimo a veces tan necesitado, o al mundo, a veces tan reseco... ¡quedarse quieto es casi un crimen! Brota de forma espontánea la necesidad de salir corriendo a gritar a todos que Dios está vivo, que está con nosotros, que hay esperanza, que podemos hacer un mundo mejor, que tenemos nada menos que una noticia, una Buena Noticia, de amor, de perdón, de reconciliación y que anuncia que, en este mundo que algunos envejecidos de corazón dicen que está 'tan perdido', en realidad, ¡tiene salvación!

A cada uno de los que hoy miramos al cielo casi de reojo seguro que se nos ilumina una gran sonrisa en el rostro que grita desde nuestro interior: *¡gracias, Señor, por darme el empujón que necesitaba para moverme y salir al mundo a buscarte y compartirte!* Ése es el mejor mensaje de la Ascensión de Jesús al cielo, que se ha ido para quedarse.

(C)

Cuando Cristo desaparece de la vista de sus discípulos, podrían llorar su ausencia. Ya no escuchaban sus palabras ni sentían el calor de su cercanía. Ya no veían al Maestro, el Amado.

Pero “dichosos los que crean sin haber visto”. Él les había prometido su presencia continuada: “Sabéis que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”. Pero ¿dónde se encuentra el Señor? Es ahora cuando la fe tiene que empezar su tarea. Por algo dijo Jesús: “Os conviene que yo me vaya” Una de las razones, para que la fe se ponga al día.

Crear es descubrir las ocultas presencias de Cristo. El que tiene la fe despierta no tardará en encontrar al Señor. ¿Dónde podrá encontrarle? Hay que citar cinco lugares especialmente epifánicos: no tanto allá arriba, en el cielo, sino en:

- **La comunidad**, porque *“donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”*. Es lugar privilegiado de encuentro con el Señor, sacramento permanente y personalizado de Cristo.
- **La eucaristía**, donde la presencia se hace más viva y real, fuente y culmen de la vida de la Iglesia, sacramento inapreciable.
- **La palabra**, porque el Señor sigue enseñándonos; sus palabras no pasan y *“el que a vosotros escucha a Mí me escucha”*, sacramento profético de Cristo.
- **El pobre** y el niño y el que sufre, porque *“lo que hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis”*, sacramento entrañable de Cristo doliente.
- El corazón de todo creyente, del que ama, y *“si alguno me ama, guardará mi palabra, y vendremos a él, y haremos morada en él”*, sacramento vivo de Cristo.

Estas presencias ahora están veladas y sólo pueden ser vistas por la fe. Llegará un día en que los velos desaparezcan y entonces veremos a Dios cara a cara, “lo veremos tal cual es”...

Mientras tanto, la fe nos permite gozar anticipadamente, aunque veladamente, de esta realidad.

Fiesta para el compromiso

Jesús terminó su obra, pero nos dejó a nosotros la misión de continuarla y completarla: “Id...” No nos quiere mirando al cielo...

Jesús ya no está aquí, pero nosotros le prestamos nuestro cuerpo para hacerle presente. Jesús ya no tiene aquí sus manos, pero las nuestras le sirven para seguir bendiciendo, liberando y construyendo la fraternidad. Jesús ya no puede recorrer nuestros caminos, pero nosotros le prestamos nuestros pies para acudir pronto a las llamadas de los pobres. Jesús ya no puede repetir sus bienaventuranzas ni proclamar el año de gracia ni pronunciar palabras de vida eterna, pero nosotros le prestamos nuestros labios para seguir anunciando la buena noticia a los pobres y la salvación a todos los hombres. Jesús ya no puede acariciar a los niños, curar a los enfermos, perdonar a los pecadores, pero nosotros le prestamos nuestro corazón para seguir estando cerca de todos los que sufren y volcar sobre ellos la misericordia de Dios.

Queda todavía mucho, muchísimo por hacer. Jesús necesita de todos nosotros. No ha llegado aún el momento del descanso. Ofrécele al Señor todo lo que puedas; quizás sólo sea una oración o un dolor o una palabra o un servicio o un gesto de solidaridad y comunión. Todo vale, con tal de que sea hecho en el Espíritu. Es el momento de tu compromiso. No podemos quedarnos mirando al cielo cuando hay tanto que hacer en la tierra.

(D)

Una madre muy cristiana, a la edad de ochenta años, llamó un día aparte a uno de sus ocho hijos y le manifestó que ellos disponían de muchas comodidades, pero que les faltaba una cosa: les faltaba la sonrisa; que no tenían tiempo ni ganas de reír; que ellos tenían lavadora y que ella había tenido que lavar a mano, pero que, a pesar de esta y de otras incomodidades, se había sentido siempre alegre y sonriente. Y es que en esta mujer siempre hubo una gran fe cristiana.

Hermanas y hermanos: hoy, domingo de la Ascensión, recordamos que Cristo entró en el cielo después de que durante cuarenta días hemos recordado su Resurrección de entre los muertos. Por eso hemos repetido una y otra vez, a lo largo de estos días, la palabra aleluya, palabra con que la Iglesia nos invita a la alegría.

Pero podemos preguntarnos si vivimos con alegría y sabemos sonreír. Para vivir con alegría dejemos de tener sentimientos de rencor, de odio, de envidia, de egoísmo, y procuremos llevar una vida sencilla, tranquila, aprendiendo a ser comprensivos y tolerantes con los demás. Y cuando nos vengan pensamientos tristes, cambiémoslos por pensamientos alegres, igual que, cuando escuchamos la radio, cambiamos de onda para escuchar cosas que nos interesan. Los pensamientos tristes intoxican la sangre, paralizan la digestión, acortan la vida y aceleran la vejez. Cuando lleguen los problemas, o tienen solución o no la tienen. Si la tienen, procuremos dársela; si no la tienen, no les demos vueltas y más vueltas: sería inútil y nos amargaríamos la vida.

Todos tienen algo por lo que llorar, por lo que sufrir.

No vayas a darles a los demás tus sufrimientos, sino más bien tu palabra de aliento para seguir adelante, tu amistad con que alivies su soledad, y tu amor con el que suavices su dolor.

No mires hacia atrás, mira hacia delante. Mientras veas salir el sol tras las montañas cada mañana es señal de que estás vivo y de que tienes que esforzarte en ser feliz, en vivir en cada

instante como si fuera el último y no dejes de agradecer a Dios todo cuanto te da.

Levántate por la mañana con alegría, dispuesto a vivir el nuevo día con todas tus fuerzas hasta su último segundo, compartiendo en ese nuevo día tu amor y alegría, tus sonrisas con todo aquel que se acerca a ti.

Merece la pena vivir, porque, como dice un poeta, mientras haya un solo niño en la tierra, una flor, una estrella que admirar, merecerá la pena seguir viviendo.

Pero sobre todo merece la pena seguir viviendo para los que tenemos fe, porque si Cristo ha resucitado también resucitan los muertos.

Y no olvidemos que nadie es tan rico que no necesite una sonrisa, ni tan pobre que no pueda darla.

(E)

Homilía para Niños...

Una vez había una gran fiesta en un pueblo. Toda la gente había dejado sus trabajos y ocupaciones de cada día para reunirse en la plaza principal, donde estaban los juegos y los puestitos de venta de cuanto cosa linda uno pudiera imaginarse.

Los niños eran quienes gozaban con aquellos festejos populares. Había venido de lejos todo un Circo, con payasos y equilibristas, con animales amaestrados y domadores que les hacían hacer pruebas y cabriolas. También se habían acercado al pueblo toda la clase de vendedores, que ofrecían golosinas, alimentos y juguetes para que los chicos gastaran allí los euros que sus padres les habían regalado.

Entre todas estas personas había un vendedor de globos. Los tenía de todos los colores y formas. Había algunos que se distinguían por sus tamaños. Otros eran bonitos porque imitaban a algún animal conocido o extraño. Grandes, chicos, vistosos o raros, todos los globos eran originales y ninguno se parecía al

otro. Sin embargo, eran pocas las personas que se acercaban a mirarlos, y menos aún los que pedían para comprar alguno.

Pero se trataba de un gran vendedor. Por eso, en un momento en que toda la gente estaba ocupada en curiosear y entretenerse, hizo algo extraño. Tomó uno de sus mejores globos y lo soltó. Como estaba lleno de un aire muy liviano, el globo comenzó a elevarse rápidamente y pronto estuvo por encima de todo lo que había en la plaza. El cielo estaba clarito, y el sol radiante de la mañana iluminaba a aquel globo, que trepaba y trepaba rumbo hacia el cielo, empujado lentamente hacia el Oeste por el viento quieto de aquella hora. El primer niño que lo vio lo señaló con el dedo y gritó:

-¡Mira, mamá, un globo!

Inmediatamente fueron varios más los que lo vieron y lo señalaron a sus chicos y a los más cercanos. Pero para entonces el vendedor había soltado un nuevo globo de otro color y tamaño mucho más grande. Esto hizo que prácticamente todo el mundo dejara de mirar lo que estaba haciendo y se pusiera a contemplar aquel sencillo y magnífico espectáculo de ver cómo un globo perseguía al otro en su subida al cielo.

Para completar la cosa el vendedor soltó otros dos globos con los mejores colores que tenía, pero atados juntos. Con esto consiguió que una tropilla de pequeños lo rodeara y pidiendo a gritos que su mamá o su papá le comprara un globo como aquellos que estaban subiendo y subiendo. Al gastar *gratuitamente algunos de sus mejores globos*, consiguió que la gente le valorara todos los que aún le quedaban, y que eran muchos, porque realmente tenía globos de todas las formas, tamaños y colores. En poco tiempo ya eran muchísimos los niños que se paseaban con ellos, y hasta había alguno que, imitando lo que viera, había dejado que el suyo trepara en libertad por el aire.

Había allí cerca un niño negro, que con dos lagrimones en los ojos miraba con tristeza todo aquello. Parecía como si una honda angustia se hubiera apoderado de él. El vendedor, que era un

buen hombre, se dio cuenta de ello y llamándole le ofreció un globo. El pequeño movió la cabeza negativamente y se rehusó a tomarlo.

-Te lo regalo, pequeño- le dijo el hombre con cariño, insistiéndole para que lo tomara.

Pero el niño negro de pelo corto y ensortijado, con dos grandes ojos tristes, hizo nuevamente un ademán negativo rehusando aceptar lo que se le estaba ofreciendo. Extrañado el buen hombre le preguntó al pequeño qué era entonces lo que le entristecía. y el negrito le contestó en forma de pregunta:

Señor, si usted suelta ese globo negro que tiene allí, ¿subirá tan alto como los otros globos de colores?

Entonces el vendedor entendió. Tomó un hermoso globo negro, que nadie había comprado, y desatándolo se lo entregó al pequeño, mientras le decía:

-Haz tú mismo la prueba. Suéltalo y verás cómo también tu globo sube igual que todos los demás.

Con ansiedad y esperanza, el negrito soltó lo que había recibido, y su alegría fue inmensa al ver que también el suyo trepaba velozmente lo mismo que habían hecho los demás globos. Se puso a bailar, a palmotear, a reírse de puro contento y felicidad.

Entonces el vendedor, *mirándolo a los ojos* y acariciando su cabecita enrulada, le dijo con cariño:

-Mira, pequeño, *lo que hace subir al globo no es la forma ni el color, sino lo que tiene dentro.*

Lo que nos hace subir y llegar a Dios, no es lo que tenemos por fuera... el color de nuestra piel, o el que seamos más guapos o más feos, ni más grandes o más pequeños... Lo que nos hace subir hasta Dios es lo que tenemos dentro: amor, servicio, ternura, comprensión, perdón...

Eso un día nos llevará hasta Dios, como un día lo hizo Jesús, y cuya fiesta hoy celebramos...

(F)

Se nos ha insistido mucho en que tenemos que mirar al cielo. Bueno, los astrónomos se pasan la vida mirando al cielo, a las estrellas, y para ellos se han inventado unos tremendos telescopios que pueden ver hasta los infinitos espacios a donde el ojo humano no puede llegar.

Pero puede suceder que el hombre actual, de tanto mirar a las estrellas y a la luz y demás astros, se esté olvidando de lo que está sucediendo en la tierra y a su lado. Estamos preocupados si hay vida allá arriba en la luna, o en cualquiera de los astros y estrellas de nuestra galaxia.

Pero:

¿Nos dicen algo esas vidas que sí sabemos que existen a nuestro lado y de las que apenas nos preocupamos?

¿Nos dicen algo esos niños que se están muriendo hoy mismo de hambre en el mundo?

¿Nos dice algo esos ancianos que viven cada día rumiando su soledad porque nadie tiempo para ellos?

Nos dicen algo esos hombres y mujeres que viven con la angustia de no encontrar trabajo y se ahogan en su impotencia y frustración diaria?

Sí, es bueno mirar “hacia arriba”. Pero ¿y cuando vamos a mirar “hacia abajo, a nuestro lado”?

El cristiano es el que mira al cielo, pero sin olvidarse de mirar a la tierra.

El cristiano podrá descubrir a Dios en esas maravillas del Universo, pero ¿no se estará olvidando de descubrir y encontrarse con Dios aquí abajo, no en las estrellas del firmamento, sino en esas otras estrellas tan misteriosas y tan reales como somos cada uno de los hombres y mujeres que caminamos por los caminos del mundo?

Mientras nosotros nos empeñamos en mirar “hacia arriba”, Dios sigue empeñado en mirar “hacia abajo”. El verdadero campo donde se recrean los ojos de Dios es el mundo de los hombres. El jardín de Dios es el mundo. Y los hombres son sus flores. Por eso mismo, me encanta la frase de esos “dos hombres, vestidos de

blanco, que les dijeron: “Galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo?”

Dios no nos ha regalado ni esos catalejos que llamamos “largavistas”, ni tampoco esos telescopios enfocados todo el día hacia el espacio. Nos ha regalado unos ojos para ver lo que está lejos si, pero sobre todo, lo que está cerca. Siempre me ha resultado curiosa la experiencia de mis gafas. Son trifocales. Para lejos, para la visión intermedia y para ver de cerca. Necesito mirar y ver lejos. Necesito mirar y ver a una distancia intermedia. Y necesito mirar y ver lo de cerca. Acabo de cambiarlas a lentes progresivas. Me han dejado la misma medida para lejos, lo mismo que para la intermedia, pero me han modificado la de cerca, porque era donde tenía más dificultades con mi ojos.

¿Será que también yo veo bien el horizonte lejano, pero no veo a mi hermano que tengo a mi lado?

¿Será que también yo veo bien a una distancia prudente, pero no puedo leer la vida, las alegrías y las penas de mi hermano que está junto a mí?

Para caminar necesito ver el horizonte que está lejos, pero si no veo el camino donde voy a poner mis pies, seguro que me tropiezo.

Jesús se nos va. Pero nos deja ahora a nosotros.

Y no nos pide que nos quedemos “plantados mirando al cielo”, a las nubes.

Nos pide que bajemos los ojos y veamos los caminos de la vida, los caminos de los hombres.

Además nosotros ya sabemos que el cielo no es el firmamento ni lo que está al otro lado del firmamento. Sabemos que el verdadero espacio, la verdadera casa donde Dios mora, es el corazón de los hombres.

La Ascensión es una invitación a mirar al cielo. Pero también a mirar a la tierra.

Es una invitación a mirar a Dios. Pero también a mirar a los hombres.

Es una invitación a mirar al que regresa a su condición divina.

Pero sin olvidarnos de su condición humana de un Dios encarnado.

P. Juan Jáuregui Castelo